

Un lugar salvaje

Pasar fijándose

CAROLINA SANÍN

Literatura Random House, Bogotá,
2020, 413 pp.

ENTIENDO POCO de mi vida antes de los 20 años. Sé que pasaron muchas cosas, que hubo movimiento, cambio, sueños y lugares en los que todo pareció tener sentido. Sé que viví en Colombia—exactamente en Bogotá—, que en el país y en el mundo ocurrieron cosas que en su momento parecieron marcar un antes y un después en la historia. WikiLeaks, la muerte de Gabriel García Márquez, estrenos cinematográficos, exposiciones artísticas, luchas políticas, fallos constitucionales, eventos deportivos, más muertes. Sé que estuve allí a pesar de que mi lectura de esos años sigue siendo difusa.

Como lo escribió Rebecca Solnit, “quizá sea porque no podemos retroceder en el tiempo, pero sí podemos regresar a los escenarios de una historia de amor, de un crimen, de la felicidad y de una decisión fatídica”, que la lectura de *Pasar fijándose* fue como beber del río Mnemósine. Recuperar, de a pequeños sorbos, fragmentos de memoria que creía perdidos y poder ver esos años desde la perspectiva que trae consigo la distancia.

El pasado 10 de abril cerraron el kilómetro bogotano más transido y transitado por la historia para exhibir el quehacer de la Fórmula 1. Por la avenida Séptima, desde la plaza de Bolívar hasta la calle 18, corrió el piloto David Coulthard patrocinado por Red Bull. Dicen que 60.000 personas, tantas como los europeos que partieron a la Primera Cruzada, bordeamos la calle para ver el automóvil que salía del Congreso, pasaba frente a la Catedral, dejaba atrás la esquina donde fue asesinado Jorge Eliécer Gaitán, giraba sobre sí mismo y pasaba nuevamente, en sentido contrario. (p. 43)

Ver nuevamente el pasado desde la visión de Carolina Sanín es un lujo. Son sus inquietudes, lectura y análisis del mundo que ambos habitamos en un determinado momento los que hacen sencillo revivir ese espacio con una claridad

antes desconocida. Sobre todo porque, además de poder releer sobre la candidatura de Antanas Mockus, la muerte de Juan Gabriel y de Muhammad Ali, o polémicas como las ocurridas entre la revista *SoHo* y la Iglesia católica, las columnas recogidas en este libro también invitan a los lectores a descubrir un espacio que le pertenece únicamente a su autora, pero del que fuimos parte durante algunos minutos hace años y quizás lo habíamos olvidado.

El mundo de Dalia, los instantes en los que compartimos algún museo, spa, sala de cine, o estuvimos frente a un televisor viendo y escuchando lo mismo que la autora. Sus preguntas sobre la ciudad, el lenguaje y su relación con el entorno atizan las brasas a las que muchos estábamos acostumbrados cuando abríamos alguna revista y leíamos su columna.

No sé si mi perra contiene ahora otros perros. Le miro la barriga, y es tan opaca como fue su placer o su displacer o su comodidad o su incomodidad hace una semana. Entonces, un símil: el animal es un signo oscuro como un vientre recién fecundado. Y una posible metáfora (aunque “posible metáfora” sea una redundancia): el animal es para el hombre una madre que siempre está gestando y nunca da a luz. (p. 61)

Lo cierto es que las 132 columnas de opinión reunidas en este libro son un cuerpo de agua en el que es sencillo sumergirse. Los textos, que recogen más de una década de columnas de opinión publicadas en *Credencial*, *Arcadia*, *Semana Sostenible*, *El Espectador* o *Vice*, resultan ser la memoria de una de las autoras más reconocidas de las letras colombianas.

Carolina Sanín, autora de las novelas *Todo en otra parte* (2005), *Los niños* (2014) y *Tu cruz en el cielo desierto* (2020), además del libro de relatos *Ponqué y otros cuentos* (2010), *Yosoyu*, de humor (2013), y *Alfonso X. Desventurado rey Sabio* (2009) y *El ojo de la casa* (2019), de ensayo, entre muchos más, es un referente de la literatura nacional desde hace varios años.

Pero fue precisamente gracias a sus columnas de opinión, sobre todo la que le da nombre a este libro: “Pasar fijándose”, que muchos de sus lectores encontramos en su escritura una

invitación a pensar más detenidamente en muchos actos cotidianos, y algunos no tanto, que Sanín recorrió en cada uno de los textos acá compilados.

La sabiduría popular favorece la incompreensión de las personas sobre sí mismas, y entre unas y otras, y disemina la irreflexibilidad. No encierra conocimiento alguno, sino que eleva los prejuicios y la ignorancia al estatus de ley. No es saber popular sino injusta sentencia popular. (p. 267)

Hablar de reguetón, de odios y pasiones, de violencia, de amor y palabras. Básicamente, para poder abarcar la totalidad de este libro habría que reseñar cada una de las columnas de manera individual. El análisis del discurso de Vargas Llosa al recibir el Premio Nobel merece muchos más párrafos de los que se pueden apilar de manera congruente en este espacio. Lo mismo su reflexión sobre lo que significa cuidar o el texto que habla sobre los árboles de Bogotá. La memoria histórica de Colombia es vasta; igual pasa con algunos hechos mundiales de los que solo restan algunos chistes malos y documentales que cada tanto vuelven a cargar en Netflix.

Pasar fijándose es la prueba de que Carolina Sanín está acá desde hace mucho tiempo y que sus reflexiones siempre nos han acompañado. Además de dejar más que claro que sus columnas de opinión son todo un género en sí mismo, con un universo en el que se repiten temas, reflexiones y apuntes.

Este libro se podría resumir, utilizando una vez más la voz de Solnit, diciendo que

[...] la escritura ya es lo bastante solitaria, una confesión que no recibe una respuesta inmediata ni proporcional, una primera frase en una conversación que se acalla de pronto o que tiene lugar mucho tiempo después y sin el autor. Pero la mejor escritura aparece como esos animales: de repente, contenida, lo dice todo y no dice nada, se aproxima a una comunicación sin palabras. Quizá, a su manera, la escritura es un desierto, un lugar salvaje.

Nicolás Rocha Cortés